

CENTAUROS DEL DESIERTO  
LA PUERTA DE MARTHA  
(*The Searchers*, John Ford 1956)

Francisco García Gómez  
Universidad de Málaga

Martha abrió la puerta de su casa y salió al porche, cuyas columnillas y cresterías de madera enmarcaban la ruda belleza del desierto. Apoyó su mano derecha sobre una de las columnas. Era un día soleado, con un cielo azul marino y algunas nubes blanquísimas. Cegada por la luz, tuvo que ponerse la mano por visera y entrecerrar algo los ojos para poder atisbar quién llegaba. Desde la ventana había visto trotar por las colinas a un jinete que se acercaba al rancho, y sintió un intenso pálpito. Dejó por un momento sus labores domésticas y dijo a sus padres que iba a dar un paseo. No quería decirles que esperaba ansiosa una visita.

Caballo y jinete aún estaban lejos, y encima tenía el sol de frente, lo que creaba un molesto contraluz. Los dos hermanos Edwards eran de estatura parecida, por lo que todavía no podía distinguirlo. Cerró los ojos por un momento y se puso a imaginar. Pensó que se trataba de Ethan. ¿Quieres venir conmigo al baile de esta noche en el rancho de los Jorgensen?, le preguntaría. Y ella daría el asentimiento después de pensárselo durante un momento, para hacerle sufrir un poco, lo justo. Tenía que hacerse la interesante. Al menos, ése era el consejo que siempre le había dado su madre, y que resultaba sumamente efectivo en cualquier hombre. Lo había sido en el caso de su padre. Y lo había sido en Lars Jorgensen, que cayó a los pies de la temperamental maestra de escuela nada más llegar ella desde Austin, y a los tres meses de conocerse ya estaban casados. ¿También lo sería en Ethan? Él no era un hombre cualquiera, ni para lo bueno ni para lo malo. Pero Martha no tenía ninguna duda de que la quería, como también estaba segura de que Aaron sentía lo mismo.

Ya se acercaba, y sus rasgos empezaron a cobrar forma. El nerviosismo de Martha iba en aumento... Como grande fue su decepción. ¡Era Aaron! Todavía estaba a suficiente distancia como para no ver la expresión de ella, que pronto sustituyó por una amigable sonrisa. No podía ser de otra manera, pues Aaron era de esas personas que sólo podía despertar sentimientos agradables. Hola Aaron. ¿Cómo estás, Martha? Muy bien, ¿y tú? Bueno, bastante atareado, entre el campo y el ganado. Pero tendrás al menos algún momento de descanso, ¿no? Sí, precisamente esta noche iré al baile de los Jorgensen, ¿tú también? Sí, por supuesto, no me perdería por nada del mundo la fiesta de celebración por el embarazo de ella. Espero que sea un niño. Lo importante es que nazca bien, Aaron. ¿Querrás ser mi pareja de baile? Bueno..., si así lo deseas.

De los dos hermanos, Aaron era el favorito de los padres de Martha. No es que no quisieran a Ethan, sólo que el carácter rudo y poco amigable de éste casaba menos con el ideal de tranquila prosperidad que albergaban para su única hija, y



consideraban que Aaron podría proporcionárselo mejor. Aunque no trataban de interferir en la decisión de Martha, ella captaba pequeños detalles en sus palabras, en sus acciones, que evidenciaban su preferencia. Y eso le influía, qué duda cabe. Papá, mamá, ha venido Aaron Edwards. ¡Hola Aaron, muchacho! ¿Qué tal señor, qué tal señora? Muy bien, ¿quieres quedarte a almorzar? Se lo agradezco de corazón, señora, pero tengo mucho que hacer en casa. Bueno, como tú quieras. Pero a las siete volveré para recoger a Martha y llevarla al baile de los Jorgensen. ¡Estupendo, ya veréis lo bien que lo pasaréis! ¿Ustedes también irán? Seguramente. Hasta esta tarde, señores. Hasta luego, Aaron, recuerdos a tus padres. De su parte, señor.

Martha salió de nuevo al porche a despedir a su amigo. Hasta esta tarde, Martha. Hasta esta tarde, Aaron. Volvieron a sonreírse, él montó a caballo, saludó con la mano y partió al galope. Martha se quedó un momento fuera, mirando cómo se alejaba Aaron. Y también, qué duda cabe, cómo se alejaban sus esperanzas de futuro. Sabía que Aaron, que se había adelantado a su hermano, se declararía esa noche, y que si ella aceptaba, acudiría raudo a pedir la mano a su padre. ¿Debería aceptar? Toda la tarde estuvo meditando. A Aaron lo quería, sin duda, pero de quien estaba enamorada era de Ethan. Por él estaría dispuesta a darlo todo, incluso su vida. Una cosa es el cariño y otra el amor. ¿Llegaría Ethan a declarárselo alguna vez? ¿Con quién sería más feliz? Aaron le proporcionaría una existencia serena, previsible pero sosegada, sin conflictos, pensando siempre en ella. Con Ethan nunca se sabría. Él significaba la acción, la aventura. También el peligro, la brusquedad. Podría hacerla inmensamente feliz, pero también la mujer más desgraciada del Oeste. Todo dependería de que fuera capaz de anteponerla a sus ansias de aventura. Cada vez que lo veía, pensaba en aquella canción, «The Searchers», que tanto le gustaba. Parecía escrita para él, hombre errante, antisocial.

«¿Qué impulsa a un hombre a ir errante?  
¿Qué impulsa a un hombre a viajar sin rumbo?  
¿Qué impulsa a un hombre a abandonar lecho y mesa  
y dar la espalda al hogar?

Cabalga sin destino, cabalga sin destino, cabalga sin destino...»

Los dos extremos de la elección estaban claros: o la tranquilidad o el riesgo. Sólo le quedaba decidirse. Y debía hacerlo esa noche...

La boda, oficiada por el capitán-reverendo Samuel Clayton, fue muy bonita; ella estaba muy guapa, Aaron muy elegante, todo el mundo disfrutó, la comida fue estupenda, la bebida abundante y el baile animado. El pequeño Charlie McCorry, siempre con su risa boba, tocó la guitarra como le había enseñado su padre, e incluso Mose Harper se emborrachó y dijo más tonterías de lo habitual. Martha estuvo serenamente feliz, de eso no había duda; pero, ¿lo estaba al máximo, radiante? ¿Qué estaría pensando Ethan mientras asistía a la ceremonia? ¿Hubiera dado el paso si Aaron no se le hubiera adelantado?

El tiempo iba pasando, con predecible y familiar rutina. Hubo momentos buenos y momentos duros, como en cualquier vida, más aún si se trata de la de unos colonos tejanos, en un desierto que no está hecho para habitar. Fueron naciendo los hijos de los Jorgensen: Brad y Laurie. Luego sus propios hijos: Lucy, Ben y Debbie. En ocasiones recibían la visita de Clayton, siempre tan entrañablemente cascarrabias, o la de Mose, siempre pidiendo su mecedora. Martha era capaz de valorar todo lo que la vida le ofrecía, tenía motivos para dar gracias a Dios, y supo ser una buena esposa para Aaron y una buena madre para sus hijos. Incluso se empeñó tenazmente en continuar en aquel lugar inhóspito en los momentos de debilidad de su marido, porque sabía que, pese a todo, ésa era la mayor ilusión de Aaron.

A Ethan no lo veían tanto como ella hubiera deseado, aunque también puede que así fuera mejor. Seguía su existencia errante, de un lado para otro, si bien pasaba largas temporadas en el rancho de Aaron. Y por un extenso tiempo, antes de la guerra, incluso no quiso marcharse, algo que extrañaba (y hasta molestaba) a su hermano pero no a su cuñada. Tras otra de sus largas ausencias, un día apareció con el pequeño Martin Pawley. Un niño mestizo que, antes de que nacieran sus propios hijos, Martha y Aaron criaron como si fuera suyo, aunque él siempre se dirigiría a ellos como tía y tío. Supieron darle el cariño que Ethan en todo momento le negó, aunque Martha sospechaba sus motivos.

Luego estalló la guerra civil, de triste recuerdo para Texas. Ethan partió para el frente, y durante siete años estuvo perdido, casi el doble de lo que duró la contienda. Nada supieron de él, si estaba vivo o muerto. Fueron años de incertidumbre, los más duros para Martha.

Hasta aquel día.

El cielo tenía el mismo color que ese mediodía en que Martha esperaba la visita que no llegó, aunque hacía un fuerte viento, como si intentara infructuosamente barrer el pasado. Con casi veinte años de retraso, ahora era Ethan quien trotaba hacia un rancho, el de Aaron, más tosco que el de los padres de Martha. Ella sintió una



emoción incontenible, como si presintiera que iba a ser la última vez que lo vería. Ni siquiera avisó a su familia. Estaba ahí, apoyada en el grueso tronco que hacía de columna, disfrutando del momento. Luego salió Aaron, y más tarde los chicos. Ethan, que portaba el sable sudista, se apeó de su orgullosa derrota y estrechó la mano de su hermano. Se dirigió hacia ella, se quitó el sombrero y la besó suavemente en la frente. Martha cerró los ojos, y por unos segundos soñó con su otra vida que nunca existió. Como también lo hizo cuando él abrazó a sus hijos. E incluso en la tensa situación creada por la noche entre ambos hermanos, cuando Aaron reprochó a Ethan su larga estancia en casa, y éste zanjó el asunto lanzándole una bolsa con monedas yanquis: Martha sintió una gran emoción cuando Ethan, al levantarse de la mecedora, se situó a su lado.

Construir un hogar en las praderas de Texas supone años de trabajo. Destruirlo sólo lleva una noche. Fue lo primero que le vino a Martha a la cabeza el siguiente atardecer, al oír el cuerno comanche. Antes, todo fueron malos presagios, desde el preciso instante en que la partida comandada por Clayton salió en busca del ganado robado, parecía que por los indios. Por eso dobló y acarició con cariño el abrigo de Ethan cuando lo sacó del arcón de su dormitorio, y por eso, cuando se lo dio y él volvió a besarla en la frente, agarró suavemente el brazo que le tendía. Sabía en el fondo de su corazón que podía ser su despedida, y agradeció mentalmente al reverendo que supiera mostrarse ausente. Acompañada de Debbie y su muñeca, vio partir por el desierto a los jinetes, hasta que Ethan, que iba el último, fue tragado por el horizonte.

El cielo estaba encendido, y una luz anaranjada iluminaba el interior del rancho. Aaron salió a matar un par de gallinas para la cena, pero no dejaba de otear el campo con el rifle en la mano, hacia una bandada de pájaros, una señal hecha con un espejo, una leve polvareda... Sospechando lo peor, Martha no quería encender el quinqué hasta que no hiciera realmente falta. Incluso tuvo que abofetear a Lucy cuando gritó histérica al comprender la verdad. Ben también estaba asustado, pese a que llevaba el sable de tío Ethan. Solo Debbie, en su inocencia, era capaz de mantenerse al margen de la inquietud. Por eso, cuando atrancaron puertas y ventanas, Martha pensó que lo mejor sería mandarla fuera como si se tratara de un juego. El escondite de la supervivencia.

La puerta se abrió con violencia. ¡Ojalá Ethan estuviera aquí!, fue lo último que pensó.

La puerta se cierra. Una puerta que ya nunca volverá a ser abierta desde dentro. Ethan regresará, pero Martha ya no estará en casa para recibirlo.

